

§ 110.

Jerarquía de las criaturas a base del fin de la Creación

1. De la doctrina relativa al fin de la Creación se deduce la existencia de un *orden jerárquico* de las cosas, de los acontecimientos y del trabajo humano. El grado axiológico del ser y del obrar corresponde a las proporciones en que en ellos se manifiesta la gloria de Dios.

Según lo enseña la experiencia, el mundo se compone de *estratos*. Cabe distinguir tres sectores o reinos superpuestos: el *esse*,

el *vivere*, el *intelligere*, o sea los estratos del ser anorgánico, de la vida y del espíritu. Cada uno de los estratos superiores comprende e implica los inferiores y es superior a éstos debido a una especial cualidad ontológica. De este modo hay en el mundo concordancia (el mundo no es un caos de elementos totalmente distintos y desordenados) y diversidad. Un determinado estrato superior revela a Dios más adecuadamente y de otro modo que el correspondiente estrato inferior.

Mientras que las Ciencias Naturales del siglo XIX no admitían más que una explicación del mundo meramente cuantitativa, actualmente reconocen la necesidad de una explicación simultáneamente cuantitativa y cualitativa. De igual modo, una determinada orientación de la filosofía moderna (N. Hartmann) constituye un paso hacia la teoría de los estratos del ser. K. Jaspers exagera la independencia y autonomía de tales estratos, afirmando que entre cada uno de ellos se abren abismos infranqueables, sin puentes ni transiciones.

Por encima de los estratos ontológicos accesibles a nuestra experiencia se hallan las realidades sobrenaturales (véase el § 114). En ellas, Dios manifiesta su gloria de un modo especial y superior. El valor y la importancia de las realidades sobrenaturales son superiores al valor e importancia del ser natural, a pesar de que en lo que concierne a su modo de existencia parecen ser bien tenues y quebrantables. Tales realidades son, por ejemplo, los Sacramentos, la Iglesia, la naturaleza humana de Cristo.

2. De estas reflexiones sobre el sentido de la Creación se deduce que la totalidad, es decir, la comunidad, es superior, en cierto sentido, al individuo, puesto que la totalidad representa la gloria de Dios de un modo más perfecto que el individuo. Esto sólo puede afirmarse cuando se comparan entre sí cosas que pertenecen al mismo estrato ontológico. Cuando se trata de diferentes estratos ontológicos, el superior, debido a su superioridad cualitativa, refleja la gloria de Dios de un modo más perfecto que el respectivo estrato inferior. Resulta, pues, que un solo ser viviente representa la gloria de Dios de un modo más perfecto que la inconmensurable inmensidad del universo anorgánico. La dignidad de éste es inferior a la de aquél. El hombre, por su parte, a causa de la personalidad, en la cual se manifiesta la participación en la personalidad de Dios, es superior a la Naturaleza entera, aunque ésta sea inmensamente superior desde el punto de vista cuantitativo.

3. Por lo que se refiere a nuestros esfuerzos por jerarquizar las criaturas, es decir, por establecer una valoración axiológica, hemos de tomar como norma la participación en la gloria de Dios. Sería *falso*, por consiguiente, el querer llevar a cabo la jerarquización teniendo sólo en cuenta el punto de vista del ser natural, es decir, atendiendo sólo al hecho de si una criatura es *material* o *espiritual*. En tal caso, los *ángeles* se hallarían en el grado superior. En cuanto que son inmateriales y espirituales, son más semejantes a Dios que todas las otras criaturas. Pero además de este punto de vista, hay que tener en cuenta otros aspectos. Porque en realidad, *Cristo es la cabeza del Universo entero* (Col. 1, 16). Cristo es superior a los ángeles, a pesar de su naturaleza humana corporal. La razón de ello consiste en el hecho de que la naturaleza humana corporal de Cristo es, dentro de la Historia, la suprema manifestación de Dios. Esa naturaleza se halla incorporada al movimiento amoroso que media entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. En ella se manifiesta la gloria de Dios de un modo tan decisivo y poderoso que Cristo puede decir a Felipe que le mire a El si quiere ver al Padre (Io. 11, 9 y sigs.). San Juan descubre en ella el resplandor del Padre (Io. 1, 14).

Cristo es el mediador entre Dios y el hombre, y el camino que conduce hasta el Padre. Por consiguiente, la cercanía con respecto a El determina de un modo superior al de los otros puntos de vista en qué proporciones una cosa o un hombre reflejan la gloria de Dios y cuál es el grado ontológico que les corresponde. En definitiva, la dignidad de una criatura depende del grado de su unión con Cristo. Cuanto más íntimamente se halle unida con Cristo, tanto más resplandecerá en su esencia natural la gloria de Dios, la gloria que San Juan vió en el semblante de Cristo, es decir, la gloria de la Verdad y del Amor personales. La dignidad derivada de la cercanía con respecto a Cristo es superior al valor natural de las cosas. En primer lugar, se trata aquí de una situación objetiva.

Ahora bien, el hombre unido con Cristo percibe conscientemente este estado de cosas. Ama y afirma su comunidad con Cristo y trata de tomar parte en su vida y voluntad. De este modo se eleva conscientemente sobre sí mismo y por encima de su propia naturaleza humana, alcanzando mediante la fe, la esperanza y la caridad un grado superior al de todas las esferas naturales del ser. El hombre unido con Cristo, el hombre que mediante Cristo y en el Espíritu Santo se ha convertido en una manifestación especial del Padre celestial, revela en su vida y en todo su ser la fuerza de la

verdad y del amor que le compenetran y que son idénticos con Dios. Ese hombre reconoce como señor a Dios, a Dios que es amor y verdad. En El se realiza la gloria de Dios. De este modo, en el hombre llega a manifestarse y realizarse la gloria de Dios con una fuerza especial. Por consiguiente, el hombre unido con Cristo, y según el grado de tal unión, es superior a todas las demás criaturas en lo referente a la dignidad del ser y del sentir.

4. Tomando como punto de partida el fin de la creación, se puede tratar de establecer una jerarquía dentro de *las profesiones y del trabajo humanos*. Con respecto a esto, conviene establecer una distinción entre el contenido objetivo y la actitud personal (véase Krebs, *Dogma und Leben*, I). Si se tiene en cuenta el contenido objetivo, son superiores las actividades que manifiestan la gloria de Dios de un modo más vivo y claro. Si se tiene en cuenta la actitud personal, la suprema y más digna actividad es aquella que se refiera más expresamente a Dios al realizar el sentido ontológico e innato de las cosas. Falsa sería la "buena intención" del que pone en relación con Dios las cosas y las acciones, pero prescindiendo del sentido que Dios les ha comunicado. Tal comportamiento equivaldría a querer cumplir la voluntad de Dios prescindiendo de la voluntad de Dios, por desentenderse de los órdenes (familia, pueblo, Estado) creados por Dios. Por eso sería reprochable la actitud del que con las obras de caridad no pretende suprimir la miseria y necesidades humanas, cumpliendo de este modo la voluntad de Dios, sino que *exclusivamente* o en *primer lugar* obra movido por el deseo apologético de convertir al pobre o de asegurarse la propia salvación mediante la ayuda concedida a los necesitados. Falso es también el arte religioso que no se cuida de las leyes inmanentes de la creación artística, que se derivan de Dios, creyendo que puede producir influencia religiosa mediante la mera presentación de objetos o temas religiosos (¡Arte religioso ramplón y chabacano!).

5. Puesto que la participación en la gloria de Dios es la norma de la jerarquía de las criaturas, el grado supremo le corresponde *al Cristo glorioso*, no al Cristo histórico. En El se manifiesta la gloria de Dios con la mayor intensidad posible dentro de la esfera de lo creado. Está tan compenetrado por el fuego del amor divino y por la luz de la verdad de Dios que El mismo resplandece y emite fuego celestial. Conforme a su imagen y semejanza, ha de ser formada y reformada la Humanidad, más aún, la creación entera. Por

consiguiente, la historia humana y el desarrollo del mundo están en marcha hacia un estado cuya realización depende de la intervención divina inmediata y en el cual Dios compenetrará todo lo que ha creado, de modo que el resplandor de su verdad y el fuego de su amor aparecerán gloriosamente en el mundo transformado. La creación alcanzará el grado supremo de su desarrollo y de su dignidad suprema en la existencia posthistórica, cuando haya sido convertida en “nuevo cielo” y “nueva tierra”. La comunidad de los hombres en torno de Cristo, reunida en el Espíritu Santo ante el semblante del Padre, vivirá una vida de verdad y de amor, la vida que, desde el principio, Dios ha reservado para las criaturas.

Véase J. Pieper, *Die Wirklichkeit und das Gute*, Münster, 1935.